

# Una fecunda imaginación

Justo es reconocer que a Héctor Herrera no le falta imaginación. Una mirada, aunque fugaz, a sus hermosos tapices, basta para comprender el prodigio de su fantasía. Ingenuo, tal vez, en la creación de sus motivos elementales, hace gala de una inventiva fértil y asombrosa para cubrir, con ornamentos de profuso barroquismo, los pequeños y grandes espacios que resultan de sus dibujos.

Reunidas sus telas, como es el caso ahora, en una sala de exposiciones, tienen la virtud de convertir su entono en jardín de ensueño donde estallan formas y colores como en juego de abalorios. Sus tapices son poesía, música casi, derroche de puntos y trazos. Arabescos que interrumpen la monotonía de un cuerpo y dan vida a una flor, a sus pétalos, a plumas y agallas. Es el sello de su pintura que cautiva al ojo sensible e invita a divagar.

Pero el milagro de su obra no termina en lo formal y externo. Va más allá de lo material. Rompe el marco ornamental y trasciende a través del símbolo. Cada tapiz encierra un contenido que el artista envuelve en mantos de mágica irrealidad. Sus figuras son portadoras de mensajes. Voces de aliño. Destellos de alegría.

Las claves están dadas. El código es sencillo: flores que entonan un canto a la esperanza; frutas que recuerdan la tierra como signo de fertilidad y abundancia; palomas que engendran palomas en sus vientres, creando eslabones de una cadena de seres vivos, como homenaje a la mantención y continuidad de la especie. La vid, el maíz, la paloma de la paz; aves y peces; los mundos vegetal y animal, el hombre. Todo lo traslada Héctor Herrera a sus tapices, con la fascinación y devoción del místico.

Equilibrándose cuidadosamente en el límite entre lo artesanal y lo artístico, el autor no pretende renunciar a su herencia de las dos partes. De ahí que exponga tanto en ferias artesanales como en galerías de arte. Pero a nadie escapa su genio creador ni su cuota de originalidad. Facetas que asombraron tantas veces a los jurados chilenos y extranjeros en los momentos de conferir premios y seleccionar obras para muestras colectivas y concursos nacionales e internacionales. Por eso le dieron sus votos y prefirieron sus obras por sobre las de otros artistas. Y ese es uno de sus mayores éxitos. Como, asimismo, el haber sido fiel a su estilo.

Bueno de corazón e incapaz de sentir rencor, Héctor Herrera se

resigna ante el hecho que le copien hasta la saciedad sus motivos de pájaros. "Será que gustan...", se consuela con satisfacción y humildad. Y no deja de ser lamentable, y hasta cierto punto trágico, que ninguna ley proteja, en este sentido, la autoría en la creación artística.

Hace treinta años que repite sus temas, introduciendo variaciones que los hacen parecer distintos. ¿Por qué los pájaros y las flores, mariposas y frutas? Porque cuando niño se internaba en los bosques de Tomé a recoger flores, y porque observaba el vuelo de las gaviotas en la playa. Porque las imágenes de la infancia no se olvidan. Porque su mensaje es de belleza, armonía y fe. Así lo entienden el público que lo sigue y las mujeres del Taller Girasol que ejecutan en lana algunos de sus diseños.

Sus colores otrora brillantes han tomado ahora el matiz de la tierra. Prepara una gran muestra en tonalidades ocre, como homenaje a la Pacha Mama, la diosa de la tierra. Una tierra que lo es todo para él y que poblará dichoso, una vez más, con su mundo mágico de pájaros, peces, choclos y girasoles. Frutos, siempre, de su fecunda imaginación.